ADVIENTO

Lo que diremos aquí del adviento, será sólo referirnos a su carácter. Así, pues, considerado a través de la Liturgia, el Adviento, por lo mismo que recoge las ansias e inquietudes de las pasadas generaciones y los entusiasmos y regocijos de las nuevas ante la venida del Salvador, es una mezcla de luz y de sombra, de alegría y de tristeza, de angustiosa incertidumbre y de seguro bienestar. Y este doble aspecto se descubre a cada paso en los textos de la Misa y del Oficio, y también en algunos detalles exteriores de la Liturgia.

La tristeza está más bien dibujada en algunos rasgos exteriores del culto, como son: el empleo en los domingos y ferias de Adviento, de los ornamentos morados; la supresión de los floreros, del órgano, del "Gloria in excelsis", del "Te Deum", y de las bodas solemnes.

Todos estos son indicios indudablemente, de alerta preocupación y tristeza, comunes al Adviento y a la Cuaresma, pero el objeto de uno y otro período litúrgico los diferencia radicalmente, como bien lo manifiesta el uso diario, en Adviento, del festivo aleluya, nunca permitido en Cuaresma. El carácter de penitencia, que algunos recalcan por demás, le vino al Adviento, en el siglo VII, de la influencia del ayuno monástico, no de su propia esencia y espíritu. Pues de suyo lo repetimos—, es una temporada de recogimiento y de santa y confiada expectación.

La iglesia en este tiempo de adviento nos invita, pues, a preparar el camino, a estar atentos a la llegada de Jesús. El calendario litúrgico nos indica que "Adviento" significa venida, espera o llegada y es un período litúrgico que abarca cuatro semanas. Su fin es celebrar la venida del Señor, tanto en su aspecto histórico como escatológico; es decir, la venida de Cristo en gloria y majestad (Profetas Isaías y Miqueas). Para llevar a cabo esta preparación tenemos cuatro domingos durante los cuales las lecturas de la Sagrada Escritura nos ofrecen una pauta a seguir para cambiar nuestros modos de vivir y enderezar los caminos. Por lo tanto, durante los primeros días las lecturas se enfocan principalmente en la venida escatológica del Señor, mientras las lecturas al final del tiempo de adviento profundizan en la venida de Cristo mediante su nacimiento humano.

Fiablemente, decimos que a la luz del misterio de María, la Virgen del Adviento, la Iglesia vive en este tiempo litúrgico la experiencia de ser ahora "como una María histórica" que posee y da a los hombres la presencia y la gracia del Salvador.

La espiritualidad del Adviento resulta así una espiritualidad comprometida, un esfuerzo hecho por la comunidad para recuperar la conciencia de ser Iglesia para el

mundo, reserva de esperanza y de gozo. Más aún, de ser Iglesia para Cristo, Esposa vigilante en la oración y exultante en la alabanza del Señor que viene.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: http://parroquiadelasoledad.org/ (Con permiso a homiletica.org)